

A TU EDAD

FRANCIS SCOTT FITZGERALD



A tu edad apareció en el Saturday Evening Post del 11 de agosto de 1929. El entusiasmo de Harold Ober ante «el relato más hermoso que jamás has escrito, y el más hermoso que he leído nunca» permitió que Fitzgerald elevara su cotización a 4.000 dólares, el precio más alto que obtuvo por un cuento. Los elogios de Ober son hiperbólicos; sin embargo, A tu edad muestra cómo Fitzgerald podía salvar un argumento gastado gracias a su perfecto dominio del arte de escribir. Fitzgerald no compartía la opinión de su agente sobre A tu edad y no volvió a darlo a la imprenta.

I.

Tom Squires entró en la tienda a comprar un cepillo de dientes, una lata de polvos de talco, un elixir bucal, jabón Castile, sales de Epsom y una caja de puros. Después de muchos años viviendo solo, era un hombre metódico, así que, mientras esperaba a que lo atendieran, tenía en la mano su lista de compras. Era la semana de Navidad, y Minneapolis yacía bajo medio metro de nieve vivificante, incesantemente renovada; Tom se quitó con el bastón la

nieve de los chanclos. Y entonces, al levantar la vista, vio a la chica rubia.

Era una rubia rara, incluso en aquella Tierra Prometida de los escandinavos, donde no son raras las rubias preciosas. Tenían un color cálido sus mejillas, sus labios, las pequeñas manos sonrosadas que envolvían cajas de cosméticos; su cabello, recogido en largas trenzas que contorneaban su cabeza, relucía lleno de vida. A Tom le pareció de repente la persona más limpia que había visto, y, sin atreverse a respirar, se acercó a ella y la miró a los ojos grises.

—Una lata de polvos de talco.

—¿De qué marca?

—Cualquiera... Esa está bien.

La chica le devolvió la mirada, aparentemente sin ninguna timidez, y, a medida que la lista se iba acabando, el corazón de Tom Squires latía más de prisa, alborotado.

«No soy viejo», hubiera querido decir. «A los cincuenta años estoy más joven que muchos de cuarenta. ¿No te intereso en absoluto?»

Pero la chica sólo dijo:

—¿Qué marca de elixir bucal?

Y él contestó:

—¿Cuál me recomienda?... Ése está bien.

Casi le dolió dejar de mirarla, salir de la tienda, subir a su coche.

«Si esa joven idiota supiera al menos lo que este viejo imbécil podría hacer por ella», pensó de buen humor. «¡Las puertas que yo podría abrirle!»

Y, mientras circulaba a la luz invernal del crepúsculo, siguió el razonamiento hasta llegar a una conclusión sin precedentes. Quizá tuvo la culpa la hora del día, pues los escaparates de las tiendas que resplandecían en el aire frío, las campanillas de un trineo, el rastro blanco y brillante de las palas en las aceras, la inmensa lejanía de las estrellas, le devolvían las sensaciones de otras noches de hacía

treinta años. Por un instante las chicas que había conocido entonces se escabulleron como fantasmas de sus actuales y pesados cuerpos de matronas y revolotearon ante él entre risas escarchadas, seductoras, hasta que un agradable escalofrío le recorrió la columna vertebral.

«Juventud! Juventud! Juventud!», exclamó con consciente falta de originalidad, y, como cualquier hombre despiadado y tiránico, sin el menor sentido moral, pensó en volver a la tienda para pedirle a la rubia la dirección. Pero no era su estilo, así que el propósito, sin llegar a formarse, desapareció. Permaneció la idea.

«Juventud, icielo santo! Juventud!», repetía en voz baja. «Me gustaría sentirla cerca, a mi alrededor, sólo otra vez antes de ser demasiado viejo para que me importe.»

Era alto, delgado y bien parecido, con la cara rubicunda y bronceada de un deportista y un bigote que empezaba a ser canoso. Una vez había figurado entre los principales galanes de la ciudad, organizador de cotillones y bailes de beneficencia, y había tenido éxito con los hombres y las mujeres a lo largo de varias generaciones. Después de la guerra había tenido la impresión de que le faltaba algo; se dedicó a los negocios y en diez años acumuló cerca de un millón de dólares. Tom Squires no era dado a la introspección, pero notaba que el timón de su vida había vuelto a girar, devolviéndole sueños y anhelos que había olvidado, pero que aún podía reconocer. Cuando llegó a su casa comprobó inmediatamente, examinando multitud de invitaciones a las que no había prestado la más mínima atención, si había alguna fiesta aquella noche.

Y mientras cenaba solo en el Club Ciudadano los ojos se le entornaban y casi sonreía: así se preparaba para ser capaz de reírse sin dolor de sí mismo en caso de necesidad.

«Ni siquiera sé de qué hablan», reconoció. «Se besuquean. Importante agente de bolsa va a un petting-party con una debutante. ¿Qué es un petting-party? ¿Sirven refrescos? ¿Tendré que aprender a tocar el saxofón?»

Aquellos asuntos, tan lejanos en los últimos tiempos como las alusiones a China en los noticiarios cinematográficos, le parecieron apasionantes: eran problemas serios. A las diez subió las escaleras del Club Universitario para asistir a un baile con la misma sensación de penetrar en un mundo nuevo que había experimentado al llegar al campamento de instrucción en 1917. Saludó a la anfitriona, que era de su generación, y a su hija, abrumadoramente de otra, y se sentó en un rincón para irse aclimatando.

No estuvo solo mucho tiempo. Un joven tonto, un tal Leland Jaques, que vivía frente a la casa de Tom, lo saludó amablemente y se acercó decidido a alegrarle la vida. Era tan sumamente necio aquel jovencuelo que, por un instante, Tom se sintió incómodo, pero enseguida se dio cuenta con astucia de que podría serle útil.

—Hola, señor Squires, ¿cómo está usted?

—Bien, gracias, Leland. Excelente fiesta.

Como un hombre de mundo que encontrara a un semejante, el señor Jaques se sentó, o se tumbó, en el sofá y encendió —o así le pareció a Tom— tres o cuatro cigarrillos a la vez.

—Tendría que haber estado aquí anoche, señor Squires. ¡Ah, eso sí que fue una fiesta! Como todas las de los Caulkin. ¡Hasta las cinco y media!

—¿Quién es esa chica que cambia de pareja a cada instante? —preguntó Tom—... No, la de blanco, la que ahora está junto a la puerta.

—Es Annie Lorry.

—¿La hija de Arthur Lorry?

—Sí.

—Parece que está muy solicitada.

—Es una de las chicas más solicitadas de la ciudad; por lo menos, en las fiestas.

—¿Sólo en las fiestas?

—Bueno, es que siempre anda por ahí con Randy Cambell.

—¿Qué Cambell?

—D.B.

En la última década habían llegado nuevos apellidos a la ciudad.

—Es una aventura de chico y chica —la frase le gustó a Jaques, e intentó repetirla—: La típica aventura de chico y chica, esas aventuras de chico y chica... —renunció y encendió varios cigarrillos más, apagando la primera tanda encima de las rodillas de Tom.

—¿Bebe?

—No mucho. Yo, por lo menos, nunca la he visto caerse redonda al suelo. Ése que ahora está bailando con ella es Randy Cambell.

Formaban una hermosa pareja. La belleza de Annie destacaba radiante junto a la estatura y fortaleza de Randy, y se deslizaban como suspendidos en el aire, delicadamente, como si flotaran en un sueño plácido y feliz. Pasaron muy cerca, y Tom admiró el sutil toque de polvos de tocador sobre su lozanía, la dulzura cautelosa de su sonrisa, la fragilidad de un cuerpo calculado por la naturaleza al milímetro para sugerir un capullo que prometía una flor. Quizá los ojos, inocentes y apasionados, fueran oscuros, pero, a la luz plateada, casi eran violeta.

—¿Se ha puesto de largo este año?

—¿Quién?

—La señorita Lorry.

—Sí.

Aunque lo atraía la belleza de la chica, era incapaz de imaginarse a sí mismo como uno más en aquella cola atenta y efusiva que la perseguía por todo el salón. Ya se la encontraría cuando acabaran las vacaciones y la mayoría de aquellos jóvenes hubieran vuelto a la universidad, «al lugar que les correspondía». Tom Squires era lo suficientemente mayor para saber esperar.

Esperó quince días, mientras la ciudad se sumía en el interminable invierno del Norte, cuando el cielo gris era más benigno que el cielo azul metálico, y el crepúsculo, cuyas luces son un signo tranquilizador de la continuidad de la alegría humana, era más cálido que las tardes de sol mortecino. La nieve perdió su firmeza, pisoteada y sucia, y las calles se helaron; algunas de las grandes casas de Crest Avenue empezaron a cerrar cuando sus habitantes se fueron al Sur. Y en aquellos días de frío Tom pidió a Annie y a sus padres que fueran sus invitados en la última Fiesta de los Solteros.

Los Lorry eran una antigua familia de Minneapolis que con la guerra había sufrido algunos reveses económicos. A la señora Lorry, contemporánea de Tom, no le sorprendió que enviara orquídeas para la madre y la hija y les ofreciera en su apartamento una espléndida cena, con caviar fresco, codornices y champán. Annie apenas reparó en él —a Tom le faltaba vivacidad, o así ven los jóvenes a los mayores—, pero no le pasó desapercibido el interés de Tom, y para él representó el tradicional ritual de la belleza juvenil: sonrisas, buenos modales, miradas con los ojos desmesuradamente abiertos cuando él hablaba, poses de perfil a la luz oportuna de las lámparas. En la fiesta bailaron juntos dos veces y, aunque los amigos le gastaron bromas, Annie se sintió halagada por el hecho de que semejante hombre de mundo —en eso se había convertido Tom, y no en un simple anciano— la eligiera como pareja. Y aceptó su invitación al concierto de la semana siguiente, pues pensaba que rehusar hubiera sido una grosería.

Y hubo más «amables invitaciones» como aquella. Sentada a su lado, Annie dormitaba a la tibia sombra de Brahms y pensaba en Randy Cambell y en otras nebulosidades románticas que quizá aparecieran en el futuro. Y una tarde en la que por azar se sentía melosa provocó deliberadamente a Tom para que la besara camino de casa, pero apenas pudo contener la risa cuando le cogió las manos y le dijo apasionadamente que se estaba enamorando de ella.

—¿Cómo puede...? —protestó—. No debería decir esos disparates. Voy a tener que dejar de salir con usted, y entonces lo lamentaré.

Días después, mientras Tom la esperaba en el coche, su madre le preguntó:

—¿Quién es, Annie?

—El señor Squires.

—Cierra la puerta un momento. Estás saliendo demasiado con él.

—¿Y por qué no voy a salir?

—Porque tiene cincuenta años, cariño.

—Pero, mamá, si no queda nadie en la ciudad.

—Pues que no se te ocurra hacer ninguna tontería con el señor Squires.

—No te preocupes. En realidad, me aburre mortalmente casi siempre —de repente tomó una decisión—: No voy a salir más con él. Pero esta tarde no me queda otro remedio.

Y aquella noche, a la puerta de su casa, entre los brazos de Randy Cambell, ya no existían Tom y su beso.

—Dios mío, cómo te quiero —murmuró Randy—. Dame otro beso.

Las mejillas frías y los labios tibios se encontraron en la oscuridad vivificadora, y, al ver la luna helada por encima del hombro de Randy, Annie tuvo la certeza de que aquél era su hombre y, atrayendo su cara, volvió a besarlo, temblando de emoción.

—¿Cuándo nos casamos? —murmuró Randy.

—¿Cuándo tendrás...? ¿Cuándo tendremos dinero?

—¿No podrías anunciar nuestro compromiso? Si supieras lo triste que es saber que has salido con otro y después abrazarte y besarte...

—Pides demasiado, Randy.

—Es tan terrible la despedida... ¿No puedo entrar un momento?

—Sí.

Sentados cerca, muy juntos, en éxtasis ante el fuego que agonizaba, no sabían que su destino común estaba siendo decidido fríamente por un hombre de cincuenta años que meditaba en una bañera caliente a pocas manzanas de distancia.

II.

Tom Squires había deducido aquella tarde, por la actitud exageradamente amable y despegada de Annie, que había dejado de interesarle. Se había prometido que, ante semejante eventualidad, abandonaría el asunto, pero ahora se daba cuenta de que no tenía ánimo suficiente. No quería casarse con ella; sólo quería verla, pasar de vez en cuando un rato juntos; y, hasta aquel beso dulcemente fortuito, casi ardiente y a la vez completamente desapasionado, renunciar a ella hubiera sido fácil, porque ya había pasado la edad romántica; aunque desde aquel beso, siempre que pensaba en Annie se le desbocaba el corazón.

«Pero ya es hora de que renuncie», se decía. «A mi edad no tengo ningún derecho a inmiscuirme en su vida.»

Se secó con la toalla, se peinó ante el espejo y, al dejar el peine en la repisa, se dijo tajantemente: «Está decidido». Y, después de leer una hora, apagó la lámpara y dijo en voz alta:

—Está decidido.

En otras palabras: no estaba decidido en absoluto. No se podía terminar con Annie Lorry con el clic de un interruptor, como se cierra un trato comercial golpeando un lápiz contra la mesa.

«Voy a seguir adelante, un poco más», se dijo a eso de las cuatro y media. Y, tras llegar a esta conclusión, dio media vuelta y se durmió.

Por la mañana Annie parecía algo más lejos, pero a las cuatro de la tarde volvía a estar en todas partes: el teléfono existía para que la llamara, los pasos de una mujer que pasaba cerca de su despacho

eran los pasos de Annie, la nieve que caía al otro lado de la ventana quizá en aquel momento le rozaba la cara.

«Siempre queda la posibilidad que se me ocurrió anoche», se dijo. «Dentro de diez años habré cumplido los sesenta, y entonces se habrán acabado para siempre la juventud y la belleza.»

Con algo parecido al pánico cogió un papel y redactó, eligiendo cuidadosamente las frases, una carta para la madre de Annie, en la que le pedía permiso para cortejar a su hija. Él mismo fue a echar la cana, pero, antes de que se deslizara en el buzón, la rompió y tiró los trozos a una escupidera.

«A mi edad no puedo recurrir a semejantes triquiñuelas», se dijo. Pero se felicitó demasiado pronto, pues volvió a escribir la carta y la envió aquella misma noche, antes de dejar el despacho.

Al día siguiente llegó la respuesta que esperaba: podía adivinar las palabras exactas antes de abrirla. Era una negativa breve e indignada.

Terminaba así:

«Creo que lo mejor es que usted y mi hija no vuelvan a verse. »Le saluda atentamente,

»MABEL TOLLMAN LORRY»

«Y ahora», pensó Tom con frialdad, «veremos lo que dice la chica.»

Escribió una nota a Annie. La carta de su madre lo había sorprendido, decía, pero quizá fuera mejor que no volvieran a verse, en vista de la actitud de su madre.

A vuelta de correo llegó la desafiante respuesta de Annie a la prohibición de su madre. «No estamos en la Edad Media. Te veré cuando me dé la gana.» Y fijaba una cita para la tarde siguiente. La torpeza de la madre producía lo que él no había podido lograr; pues, si Annie había estado a punto de deshacerse de él, ahora estaba decidida a ni siquiera planteárselo. Y la clandestinidad

engendrada por la desaprobación de la familia le añadió al asunto la emoción que le faltaba. Cuando en febrero cuajó el invierno profundo, solemne e inacabable, seguían viéndose con frecuencia, y de otra manera. A veces iban en coche a Saint Paul a ver una película o a cenar; a veces aparcaban en un paseo, mientras una implacable aguanieve esmerilaba el parabrisas hasta volverlo opaco y cubría de armiño los faros. A menudo Tom llevaba alguna bebida: lo suficiente para ponerla un poco alegre, pero nada más; pues con emociones de otro tipo se mezclaba cierto paternalismo.

Poniendo las cartas sobre la mesa, Tom llegó a decirle que había sido su madre la que involuntariamente la había empujado hacia él, pero Annie sólo se rió de aquella doblez suya.

Con él se lo estaba pasando mejor que con cuantos había conocido hasta entonces. En lugar de las exigencias egoístas de un hombre más joven, Tom le demostraba una consideración inagotable. Qué importaba que tuviera los ojos cansados y las mejillas apergaminadas y llenas de venas, si su voluntad era viril y fuerte. Su experiencia era además una ventana que daba a un mundo más ancho y más rico; y, al día siguiente, con Randy Cambell, se sentiría menos protegida, menos valorada, menos singular.

Ahora era Tom el que se sentía vagamente insatisfecho. Tenía lo que quería —la juventud de Annie a su lado—, y tenía la impresión de que ir más lejos sería un error. La libertad era preciosa para él, y a Annie sólo podría ofrecerle una docena de años antes de convertirse en un viejo, pero también Annie había llegado a serle preciosa, y era consciente de que aquel dejarse llevar por los acontecimientos no estaba bien. Entonces, un día de finales de febrero, el asunto se resolvió sin más.

Habían vuelto de Saint Paul y habían entrado un momento al Club Universitario para tomar el té, desafiando juntos la nieve que cubría la calle y atrancaba la puerta. Era una puerta giratoria; un joven acababa de cruzarla, y, al ocupar el espacio que el joven acababa de abandonar, percibieron un olor a cebolla y a whisky. La puerta volvió a girar a sus espaldas, y el joven volvió a entrar. Estaba

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

